

del humo. Aurelio la socorrió, y sacó enagmada. Mientras él acudia á otra parte, se dexó sin cerrar sus papeles. Ella leyó por sus ojos la quiebra de su padre: tuvo el infausto trago de su muerte. Casarse con el Milord ya se le frustraba: y así á su corazón lo veía anegado en un mar de amargura y desconsuelo. Todo eran confusiones. Habia fugido Aurelio que venia su esposa, habiéndose promulgado el empleo que se le habia conferido. Manlia confirió consigo misma, y se vió precisada á abrazar un partido que nunca se pudiera haber imaginado, que era suplicar á Aurelio quisiese admitirla para servir á quien venia á ser su consorte. Ofrecióse humilde á que no la dexase desamparada: teniéndose por dichosa en servir la que estaba acostumbrada á mandar con despotismo.

Aurelio tenia convidados para un desayuno á los contertulios. Con el gozo de ver á su nueva esposa, viniéron en ello todos muy contentos. Concurren á la hora: échales en rostro sus locuras: propóneles el bien de una vida honesta y sosegada, fuera de las turbulencias y vanidades del siglo. Hace ver el dedo de Dios, que á su amo lo privó de hacienda, y aun de vida quando á él lo mejoraba de fortuna: propone al Milord á Manlia, por haberse ofrecido con hacienda y persona á reparar los daños que sufría. Mas ella siempre humilde, protestando su amor á Aurelio, quiere mas ser sirviente de quien lo habia sido suyo, que señora con las mayores comodidades, pensando hacer una vida retirada del bullicio de la corte.

Aurelio asegurado de sus protestas, y dando asenso á sus propósitos, mostrándole el retrato de la que esperaba por esposa; le dió á Manlia un espejo en que se viese: á que ella dixo, que en el mismo que le entregaba veria el que era dueño de su corazón. Manifestó ser su voluntad casarse con ella, pues la habia amado, y la consideraba arrepentida de sus desórdenes y veleidades; y que con su prudencia procuraría restaurar lo que desperdició su prodigalidad, mirando por su hacienda, puesto que él no cumpliría con méos que haciéndola su mitad, atento á haber residido en su casa; y colocado en mayor auge, viéndola decaida, debía procurar con todo empeño su proteccion y lucimiento. B. E.

